

Manuel Rivas, homenaje a las librerías

Un hondo tributo a los libros, a la cultura y a la memoria, eso es «El último día de Terranova», de Manuel Rivas

Terranova es el nombre de una librería de La Coruña que en la primera página sabemos que va a cerrar. El tema del homenaje al libro y la cultura es nuclear en la narrativa de Manuel Rivas. En concreto, ya en *Los libros arden mal* (2006) contrapuso el libro a la barbarie de la Guerra Civil. Ahora se concreta en esa otra guerra que las librerías vienen perdiendo, puesto que son centenas las que la crisis económica y el pirateo de internet se vienen llevando por delante.

Manuel Rivas ha escrito una buena historia porque ha evitado limitarse a lo que acabo de resumir. Un motivo de elegía tan obvio podría hacer naufragar una novela que hubiese adoptado una estructura lineal y un punto de vista simplemente de denuncia, en el ejercicio de un consenso fácil de obtener. Por el contrario, *El último día...* se llena de planos por el procedimiento de haber desatado su estructura, que sufre continuos vaivenes, tanto temporales como de perspectiva y escenarios.

Ruedo Ibérico

La historia de la librería va sucederse diferentes personajes, desde su creador, Amaro Fontana, catedrático de griego, hasta su hijo Vincenzo, que termina encargándose de ella, casi sin quererlo, muchos años después. El local ha vivido una larga lista de ataques de fascistas y visitas de la policía franquista en busca de ejemplares de la editorial parisina Ruedo Ibérico (qué justa es la mención laudatoria al fundador José Martínez, emblema del buen libro, fundamental para el alimento de la literatura del exilio durante la dictadura).

Un personaje extraño dibujado con perfiles más poéticos que realistas (lo cual le favorece), la joven argentina Garúa, de quien se enamora Vincenzo, permite a la trama abandonar con frecuencia el escenario gallego que ha nutrido muchas menciones a aventuras litera-

rias, especialmente las vanguardistas, para referirse a Buenos Aires, que es allegada en diferentes retratos y planos históricos, como el también justo homenaje a Jacobo Muchnik, quien desde su editorial Fabril fue fundamental para la edición en español de grandes de la literatura universal.

Pautan este libro algunas de las diferentes persecuciones que las dictaduras argentinas vinieron haciendo de los intelectuales. La novela de Rivas está llena de anécdotas, y se acoge al espacio corto. Tal opción, la narración en planos breves, le viene muy bien a su estilo.

Perfil quebrado

Siempre pensé que Rivas tiene más de poeta que de narrador. Aquí no disimula esa condición, que le ha servido para el perfil quebrado de los planos de la historia, que evitan sucederse con una lógica racional, de causa-efecto. También sirve para nutrir una singular veta imaginativa, plagada de elementos surrealistas que enriquecen su expresión.

MANUEL RIVAS HA LOGRADO CON ESTA LA QUE PUEDE CONSIDERARSE SU NOVELA MEJOR ESCRITA

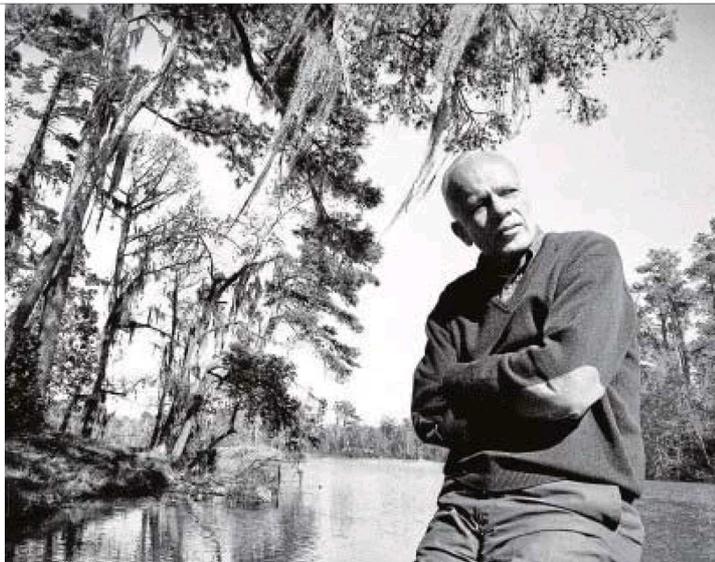
La novela logra un equilibrio, no siempre fácil de conseguir, entre la memoria histórica, la denuncia de las barbaries, y los elementos culturalistas que jalonan sus referencias. Hay alguna especialmente feliz, como la que vincula los recuerdos (en el fondo, la novela es un tributo a esa facultad distintiva de los humanos) a la figura de Laertes, padre de Ulises, una vez ha anclado esa memoria en los árboles que cultiva en Ítaca. Toda la obra de Homero es leída como un combate de Odiseo contra quienes quisieron acabar con sus recuerdos. Los libros y las librerías son emblema hoy de igual combate, con el que Manuel Rivas ha logrado la que puede considerarse su novela mejor escrita.

J. M. POZUELO YVANCOS

El último día de Terranova Manuel Rivas



Narrativa
Alfaguara,
2015
275 páginas
18,90 euros
E-book:
9,99 euros



Walker Percy, autor de «El cinéfilo»

Dirigido por Walker Percy

En la luminosa oscuridad de los cines de Nueva Orleans entramos para acompañar a todo un clásico, Walker Percy

En 1962, *El cinéfilo*, del debutante Walker Percy, se alzó con el National Book Award. No le faltaban rivales de peso como *Franny y Zooey*, de J. D. Salinger; *Una nueva vida*, de Bernard Malamud; *El château*, de William Maxwell, y *El Spinoza de Market Street*, de Isaac Bashevis Singer, así como otro par de recién llegados de calibre: *Trampa-22*, de Joseph Heller, o Richard Yates y su *Vía revolucionaria*.

Pero fue el treintañero empleado de Bolsa Jack «Binx» Bolling –dirigido por Percy– entrando y saliendo de los cines de Nueva Orleans para escapar al calor y a los mosquitos, a los blues de su participación en la guerra de Corea y a los latidos de su corazón, enamorado de una danzante Beatriz (la depresiva prima Kate), quien se impuso. Y así, *El cinéfilo* de inmediato se proyectó a clásico contemporáneo e hizo de su autor una de las figuras más raras e inasibles de la literatura norteamericana.

Hoy, Percy figura en el canon de Harold Bloom, *El cinéfilo* es una de las cien novelas

del siglo XX para *Time*, y pocos se acuerdan de él y de ella. Terrence Malick la tiene en su carpeta de posibles proyectos desde hace décadas y, de filmarla, tal vez entonces Percy (como Yates) acceda a una merceda resurrección. Mientras tanto, bienvenida sea la reposición por Alfabia de aquello que Alfaguara estrenó en nuestro idioma en 1990.

Luces, cámara, acción

Descendiente de un clan aristocrático de melancólicos suicidas, psiquiatra y médico que nunca ejerció después de contagiarse de tuberculosis, considerado «el narrador católico más interesante junto a Flannery O'Connor», filósofo semiótico sui géneris y kierkegaardiano, y patrocinador de *La conjura de los necios*, de John Kennedy Toole, Walker Percy (Birmingham, 1916-1990) siempre renegó de la etiqueta de escritor sureño.

Bollinx –Percy siempre se sintió europeo y fue definido como «un Dostoievski en el bayou»– es un ser universal, un outsider. Para Bollinx –una especie de existencialista à la Camus & Sartre– las películas son lo que los libros de caballería fueron para don Quijote. No se puede ser más extranjero –y ser y nada– que lo que se es en la luminosa oscuridad de un cinematógrafo. Pero en animación suspendida Bollinx de pronto abandona su decisión de llevar «la vida menos ocurrente que

se pueda llevar» y decide ponerse en movimiento y, sí, luces, cámara, viaje, acción.

Percy siempre les deseaba a sus personajes «que sean capaces de solucionar sus problemas y accedan a algún tipo de felicidad. La mejor manera de conseguirlo, el modo más fácil de hacerlo, es siempre el enamorarse. Que un hombre se enamore de una mujer o viceversa. Y si ambos se enamoran entre ellos y al mismo tiempo, mucho mejor aún».

The End of El cinéfilo parece alcanzar ese ideal. Se nos dice que Binx y Kate vivirán felices y que comerán no perdices, sino ostras. Pero hay algo que nos hace sospechar que no será del todo así. Algo nos distrae de lo que se nos muestra en la gran pantalla y nos hace prestar más atención a esa voz inquietante que, en la butaca detrás de la nuestra, nos susurra al oído que una cosa son las películas y otra cosa es la vida.

Y esa es, también, la voz de Walker Percy.

RODRIGO FRESÁN

El cinéfilo Walker Percy



Narrativa
Trad. y notas
de Marcos
Jávega.
Alfabia, 2015
320 páginas
20,90 euros